

CASTEJÓN

(Provincia: Cuenca. — Arciprestazgo: Huete. — Habitantes: 1,200.)

La población, en general, con pocas excepciones logradas por la propaganda marxista, conservaba en su integridad y pureza la fe, así como las santas costumbres de sus mayores.

El día 8 de agosto de 1936 se celebró la Santa Misa por última vez, fué sumido el Santísimo Sacramento y se retiraron de la iglesia los vasos sagrados con la mayor parte de los ornamentos. Seguidamente el Ayuntamiento se incautó del templo, «para evitar su destrucción».

El día 1.º de septiembre de 1936 llegaron unos camiones con milicianos de Tarancón, Portalrubio y Valdemoro, y ayudados por otros del pueblo empezaron la profanación y destrucción de las 32 imágenes, 2 cuadros buenos, casi todo el archivo, los altares y ropas, que fueron quemadas en la plazuela, «con la protesta de muchos del pueblo, que fué sofocada por las amenazas, insultos y blasfemias de aquella turba». Se llevaron a Cuenca los objetos de más valor, las cuatro campanas grandes, la trompetería del órgano y un hùlpito de hierro. Ha quedado el retablo del altar mayor, y algunos otros objetos recuperados gracias a la fe del vecindario, aunque la techumbre y las capillas se han hundido. También fué profanada y saqueada la ermita de San Blas.

La iglesia parroquial fué convertida en almacén y en centro marxista.

Aunque en este pueblo hubo sólo una muerte violenta, sin embargo merecen recordarse algunas personas distinguidas por su piedad, las cuales murieron a consecuencia de los sufrimientos físicos y morales causados por las profanaciones, sacrilegios y persecuciones.

Doña Prudencia Herráiz, anciana de gran misticismo, siempre entregada a la oración y a la penitencia, con vida contemplativa; tuvo revelaciones sorprendentes, sobre todo en la Sagrada Eucaristía; sufrió mucho, y tanto la afectaron los sacrilegios, que murió de pena la víspera de la Inmaculada Concepción de 1936.

Don Francisco Marcilla y su señora, doña Tomasa García, así como los padres de ésta, don Gervasio y doña Tomasa, murieron todos en la época roja, dejando cuatro huerfanitas del primer matrimonio. Fué una familia profundamente piadosa, de mucha fe, y todos murieron recibiendo los Santos Sacramentos, el anciano, de modo muy milagroso, pues siempre confió en que Dios se los proporcionaría en su última hora, como sucedió.

Resumen

Iglesia saqueada y destrozada	1
Ermita o capilla destrozada y saqueada	1
Altars y retablos destrozados	Todos, menos 1
Imágenes destrozadas	32
Campanas destrozadas y desaparecidas	4
Órgano destrozado	1
Archivo destruido (en parte)	1
Sacerdote muerto por los sufrimientos	1
Seminarista asesinado	1
Asesinados en total	2

174

(1) Arribas Ramirez, Salvador Agustín

Seminarista. Muerto cuando trataba de pasarse a las filas nacionales.

175

(2) Cañada Plaza, Isaías

Nació el día 6 de julio de 1905. Sacerdote. Murió el día 12 de marzo de 1936, en el hospital de Huete, a consecuencia de los sufrimientos. Padres: Zacarías y Benigna. Hermanos: Juana y N. N. †.



Don Isaías Cañada había nacido en Castejón (Cuenca), en cuyo cementerio reposan actualmente sus restos mortales. En su infancia tenía todas las buenas condiciones que hacen a los niños amables a los ojos de los padres, de los maestros y de los sacerdotes: era humilde, obediente, sencillo, aplicado, fiel en la asistencia cotidiana a la escuela y a la iglesia. Con vocación sacerdotal sentida muy hondamente, ingresó en el Seminario el año 1918.

De su inteligencia y aplicación baste decir que en todos los años de la carrera obtuvo en todas las asignaturas la nota de sobresaliente, y en algunas, también, el Premio. Con ánimo de graduarse, terminó los estudios de Sagrada Teología en la Universidad Pontificia de Toledo; pero, al fin, «haciendo un gran acto de humildad, pensó que los grados académicos no le valían para ser más piadoso y para ganar más almas para Dios... y se vino sin grados». Además, fué «un modelo de buenos seminaristas», sobresaliendo por su humildad, su amor a la soledad, su aprovechamiento del tiempo y su fervor en la oración. «Nunca protestó por nada, y todo lo aceptaba de buen grado.»

Celebró su primera Misa el 1.º de junio de 1929, en su pueblo natal, y fué nombrado coadjutor de El Provencio. Pocos meses después fué destinado como capellán al Santuario de Nuestra Señora de Riánsares, a 4 kilómetros de Tarancón, donde había una residencia de Religiosas Mercedarias de Tarancón. Este último nombramiento «obedeció a las muchísimas peticiones que hicieron al Prelado los vecinos del pueblo, que conocían bien al santo sacerdote, porque con frecuencia lo buscaban en el santuario».

En Tarancón, don Isaías trabajó con el mayor celo y con gran eficacia. Pasaba muchas horas seguidas en el confesonario: a las siete de la mañana, después de sus oraciones y de una hora de meditación, estaba ya confesando. La capilla del colegio era insuficiente para los

muchos fieles que acudían allí para confesarse o para oír predicar al virtuoso sacerdote, «pues aunque no tenía cualidades de orador elocuente, la gente le oía con gusto, porque lo consideraba como un verdadero santo», y tenían la impresión de oír realmente la palabra de Dios salida de los labios del sacerdote. Una vez, oyendo un sermón, exclamó una mujercilla del pueblo: «¡Éste es Dios!...» La fama de santidad de don Isafas se extendió por el partido de Tarancón de tal forma, que muchos sacerdotes iban a consultar con él, a pesar de que era humildísimo y «siempre se colocaba en el último lugar».

Era muy amante de la soledad, del recogimiento y del silencio. «Siempre suspiró por ser fraile cartujo...» «No tenía amigos íntimos...» Sin necesidad, no salía de su casa y de la iglesia... «No miraba a nadie; siempre iba con los ojos bajos...» «Hablaban con sencillez, pero lo más preciso y siempre en tono muy bajo...» «Le gustaba tratar mucho con los niños»: los únicos con quienes se expansionaba y con quienes le vieron sonreír.

Le sorprendió el Movimiento Nacional en Tarancón, pero don Isafas fué respetado y le permitieron marchar a su pueblo, donde estuvo dos años oculto, hasta que fué obligado a incorporarse con su quinta en el ejército rojo. Mas estaba tan enfermo, que tuvo que ingresar en el hospital militar antes que en el cuartel. Cuando mejoró algo, salía del hospital y «se dedicaba a confesar y a dirigir muchas almas, que con ansia y mucho peligro lo buscaban, hasta que los rojos lo metieron en la cárcel, de donde salió al poco tiempo por los buenos informes que dieron los de Tarancón». Lo destinaron a San Clemente, y luego lo enviaron a segar arroz en las tierras de Valencia. Nuevamente fué trasladado a Cuenca, y de allí, como sanitario, al hospital de Huete. Pero como había sufrido tanto, estaba tan débil y extenuado que tuvo que guardar cama. Y él «siempre calló», porque su propósito fué «sufrir lo que viniese por Dios y dar la vida, si preciso fuese, por la salvación de España».

Su ingreso en el hospital fué para morir. «Empezaron las hemoptisis, llegando a tener treinta y dos en pocos días...» «Él no se inmutaba, siempre jovial y siempre animado...» Le acompañaban su hermana y un sacerdote oculto, también sanitario, el cual le administró todos los Sacramentos... El día 12 de marzo de 1939 dijo a su hermana: «Mira, la guerra ha terminado... Yo he ofrecido mi vida por la salvación de España y voy a morir... Cuida mucho a la madre y procura educar cristianamente a tus hijos...» Y dichas estas palabras falleció, siendo enterrado en el cementerio de Huete, «en fosa común y con traje de miliciano», aquel sacerdote, que había vivido con fama de santidad y vivió sufriendo y murió sacrificado por la fe y por la

Patria... El 27 de abril de 1944, la madre del sacerdote, anciana de más de ochenta años, vistió la sotana del sacerdote a los restos mortales exhumados de su hijo, «con tal ánimo y entereza como si se tratase de su primera Misa», acompañándolos hasta el cementerio del pueblo natal, donde reza extáticamente arrodillada en su visita de todos los días a la tumba de su hijo sacerdote.

176

(3) **López, Marcelino**

Nació el año 1920. Pastor. Murió asesinado.

Los milicianos de la Columna del Rosal hallaron a este pastorcito con su rebaño en el monte, y lo asesinaron allí mismo creyéndole seminarista.

CASTILFORTE

(Provincia: Guadalajara. — Arciprestazgo: Sacedón. — Habitantes: 250.)

En general, este pueblecito, piadoso y patriótico, vivió tranquilo y feliz, según las normas religiosas católicas y según las tradiciones de la nación, hasta 1936.

Durante el dominio del terrorismo rojo destrozaron los retablos barrocos, los altares, las ropas y algunas imágenes, siendo otras llevadas al museo de Madrid.

El templo fué convertido en almacén.

Resumen

Iglesia saqueada y destrozada	1
Altars y retablos destrozados	Todos
Imágenes destrozadas	Casi todas

CASTILLEJO DE INIESTA

(Provincia: Cuenca. — Arciprestazgo: Motilla. — Habitantes: 550.)

A pesar de la propaganda impía y disolvente desde 1931, este pueblecito permaneció fiel en todos los órdenes, religioso, moral y social, a las normas tradicionales de la piedad cristiana y del patriotismo, y en las elecciones daba siempre el triunfo absoluto a los candidatos católicos.

El mismo 18 de julio de 1936 se implantó el terrorismo por los marxistas, que vinieron de fuera, por hallarse el pueblo enclavado en la carretera de Madrid a Valencia. La iglesia y la ermita de San Roque fueron profanadas, y todo lo que en ellas se guardaba pereció en el saqueo y en la hoguera. Entre los objetos de gran valor artístico que desaparecieron, destrozados, quemados o robados, deben mencionarse especialmente los siguientes: el altar mayor, con su retablo monumental de estilo barroco, con la preciosa escultura de Santa María Magdalena; los altares y las imágenes, de madera tallada, de San Agustín, Virgen